

SANTA TERESA DE JESÚS

La humildad consiste en andar en verdad;
y por ser Dios la suma verdad, gusta tanto
y es tan amigo de la virtud de la humildad.
(*Santa Teresa de Jesús, Morada 6, c.10*).

Vista ya y considerada a grandes rasgos la magnanimidad de Santa Teresa, o sea, la anchura y grandeza de su alma o castillo interior, nos toca hoy ahondar en sus cimientos antes de penetrar en sus moradas secretas y descubrir todas las maravillas que encierra. Esto nos proporcionará copia de datos para poder calcular y admirar mejor toda su perfección, toda vez que el fundamento guarda proporción con la solidez y elevación del edificio. Antes de elevarse el edificio, se abaja a lo profundo, y no se eleva con firmeza y majestad, si no se humilla hasta lo más profundo de la tierra, y allí, sobre la piedra firme, edifica y hace descansar los cimientos.

Este fundamento de la santidad de Teresa de Jesús, ya conocerán nuestros lectores, es la humildad, que como su misma palabra indica es baja; pegada a la tierra, *humi*, apoyo y sostén de todas las virtudes. Sin la humildad no hay virtud verdadera, y con ella están todas. No hay virtud más necesaria, pues sin ella es imposible tener fe y salvarse. Ni tampoco hay otra después de la caridad, más recomendada por los Santos, y el maestro de las almas, Jesucristo, puesto que nos dice que la aprendamos de Él. Es, pues la humildad una virtud necesaria absolutamente para salvarnos; universal, practicada y recomendada con todo encarecimiento por Jesucristo y los Santos; una virtud exclusivamente propia del cristiano, un signo evidentísimo de predestinación, y su mejor distintivo con la caridad.

Y por otra parte, ¿por qué ocultarlo?, es la virtud más ignorada, de la que se tienen formados juicios los más erróneos y estrambóticos; pues si toda virtud está en el medio justo, y es difícil al hombre en la práctica no declinar más a un lado que al otro, lo es más todavía en esta celestial virtud, pues fundamento de todas y más necesaria que cualquier otra, el demonio y nuestra viciada naturaleza nos impulsan a ladearnos ya a una ya a otra parte, y raros, rarísimos son los que fielmente la practican.

Virtud por un lado tan necesaria, y por otro tan mal conocida y peor practicada, exige de nosotros el ser tratada con alguna detención, aprovechándonos antes, para conocerla bien de la doctrina del doctor angélico santo Tomás de Aquino, y de la doctora seráfica santa Teresa de Jesús. El primero con su entendimiento de Ángel, con su precisión en las ideas y exactitud y parsimonia de palabras, que pesa como el oro, ilustrará nuestro entendimiento y le dará idea exacta de tan hermosa virtud, haciéndonos humildes en nuestros juicios. La segunda, con sus palabras de fuego divino y con sus admirables ejemplos, hará nuestro corazón humilde en sus sentimientos y afectos. Con esto saldremos de esta escuela de Tomás y Teresa de Jesús perfectamente humildes, pues lo seremos de entendimiento y de corazón, o sea, en nuestros juicios y sentimientos, en nuestras palabras y obras, estando dispuestos y aptos para toda virtud, y adelantar en santidad. Oigamos primero al Doctor Angélico:

“Es la humildad¹ una virtud que refrena y regula nuestro ánimo para que no tienda desordenadamente a las cosas elevadas, superiores a sí; consiste principalmente en la sujeción del hombre a Dios, en la reverencia con que a Dios se sujeta; es la moderación o regulación de nuestro espíritu. – Es la humildad la primera disposición para adquirir todas las demás virtudes, o como cierta aptitud necesaria al hombre para tener libre acceso o entrada al goce y participación de los bienes espirituales”. O por decirlo en el lenguaje de hoy día: es la humildad la contraseña, billete o papeleta de entrada al palacio de la virtud, al jardín espiritual del alma, al concierto y escuela celestial de Cristo, al convite de los amigos y allegados de Dios. Sin este pase, que sólo proporciona la humildad a los que la practican, nadie tiene entrada en la amistad y reino de Dios, ni participación en sus bienes espirituales y divinos. – La humildad hace al hombre laudablemente sujeto a la ordenación de la razón universalmente, esto es, en todas las cosas y actos de virtud arduos de sí, mas las otras virtudes sólo respecto de una materia limitada. – Por la humildad todo hombre puede tenerse y reputarse menos que los demás, inferior a todos considerando los bienes del prójimo que nosotros no tenemos, y algún pecado que hay en nosotros y no tienen los demás; o comparando los dones que ha

¹ 2ª, 2 ae. Q. 161 art. 1 y siguientes.

dispensado al prójimo con nuestros bienes espirituales. – El orden y unión de todas las virtudes, prosigue el Santo, compárase a un edificio sólido y perfecto. Y así como lo primero del edificio es el fundamento, así en la adquisición de todas las virtudes la humildad es el fundamento, la primera virtud. Dos cosas se requieren para fundar bien una casa. Lo primero es abrir bien los cimientos y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar a lo firme para edificar sobre ello. Lo segundo es que, después de bien ahondado el cimiento y sacada fuera la tierra movediza, se comience a asentar la primera piedra y demás, lo que es el fundamento principal y más noble. De esta manera se han la humildad y la fe en la fábrica de este edificio espiritual de las virtudes, la humildad es la que abre las zanjas, su oficio es ahondar el cimiento del propio conocimiento, echando fuera toda la arena y lo movedizo de la flaqueza de las fuerzas humanas, de la estima y confianza de sí mismo, hasta llegar al verdadero fundamento, Cristo Jesús, peña viva y piedra firme, sobre el cual crece con estabilidad todo edificio, y así a las virtudes edificadas en humildad ni la furia de los vientos de la vanidad, ni el diluvio de las aguas de la contradicción, serán parte a derrocarlas. – Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, lejos está de la perfección, porque todo es virtud sin cimiento². La humildad arroja la soberbia de nuestra alma, principio y raíz de todo pecado, a la que Dios resiste siempre, y en cambio hace al hombre súbdito, desembarazado y dispuesto a recibir las influencias de la gracia de Dios, en cuanto vacía el alma de la hinchazón de la soberbia. – Jesucristo nos recomendó la humildad de un modo especial, porque por ella se remueve el impedimento principal de la salvación de las almas. Esta salvación consiste en que el hombre tienda a las cosas celestiales y espirituales, de las que le apartan el deseo y amor de ser engrandecido en las terrenas; y como el Señor quería remover este impedimento, despreció la elevación exterior con su ejemplo. – Es propio de la humildad despreciar la elevación terrena. – El principio y raíz exterior de la humildad es la reverencia para con Dios; el principio interior es ahondar con la meditación en el propio conocimiento”. Hasta aquí el Angélico Doctor. Oigamos ya a la Seráfica Doctora:

“¡Oh váleme Dios y cómo no nos conocemos! (*Carta frag. 15*) El propio conocimiento es el manjar con que hemos de comer todos los manjares espirituales, y en la oración por subida que sea, en el principio y en el fin siempre se ha de acabar en el propio conocimiento (*Carta 39*). Cuanto el alma tuviere de humildad, tendrá de aprovechamiento en el camino de la virtud (*C. 12,5*). La verdadera humildad trae mucha quietud y suavidad (*C. 39,1,2*). Mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad y el conocer nuestra miseria (*Mor. 1,2*). La humildad consiste en andar en verdad; y por ser Dios la suma verdad, gusta tanto y es tan amigo de la virtud de la humildad (*Mor. 6, c. 10,6*). Esta virtud es la que sabe ganar la voluntad de Dios (*Mor. 7, c. 4, 14*). Por la humildad se deja vencer el Señor a cuanto queremos de Su Majestad (*Mor. 4, c.2*). Ésta le trajo del cielo a las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos de un cabello a nuestras almas (*Carta 16, 11*). Es la humildad hermana de la mortificación, y andan siempre juntas estas dos virtudes, y son señoras de todo lo criado; quien las tuviere, bien puede salir a pelear con todo el mundo. Es suyo el reino de los cielos; no se dejan conocer de quien las tiene, mas sí de los demás (*C. 10*). No puede haber amor de Dios sin humildad, ni humildad sin amor, ni están estas dos virtudes en perfección sin gran desasimiento de todo lo criado (*C. 16*). Es la humildad el ejercicio principal de la oración, y el punto más sustancial para las personas que tratan de ella (*C. 17*). La humildad causa muchos bienes a quien la tiene y en aquellos que se arriman a él (*Vida, c. 23,4*). Todo el cimiento de la oración consiste en la humildad. Nunca hace Dios grandes mercedes a las almas, si no es cuando están deshechas en su abatimiento (*V. 22,7*). Esto tiene de excelente esta virtud, que no hay obra a quien ella acompañe, que deje el alma disgustada (*V. 11,3*). Delante de la Sabiduría infinita, vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo (*V. 15,6*). La condición del Rey de la gloria es tal, que gusta más de la grosería de un pastorcito humilde que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad (*Carta 22*).

“La humildad siempre labra en el propio conocimiento, como la abeja en la colmena la miel (*Mor. 1, 2*). Esta virtud es el ungüento con que se curan las heridas del alma (*Mor. 3, 2*). Hay mucha diferencia de la humildad dada de Dios, a la que nos parece en nuestros pensamientos que tenemos, porque éstos nos engañan muchas veces (*Mor. 4, 8*). Pongamos los ojos en Cristo nuestro Bien, y allí dependeremos la verdadera humildad, y en sus Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde. El alma

² Dicho de Santa Teresa. Se lee en su *Vida*.

en el propio conocimiento vuela cual abeja mística, algunas veces a considerar la grandeza y majestad de Dios, y aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma; porque a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios, mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes (*Mor. 1, 2*). Terribles son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos. El alma humilde siente mucho más las alabanzas que los desprecios (*Mor. 5, 1*).

“El verdadero humilde no se le da nada de decir bienes de só ni que los digan otros, porque sabe que no tiene nada de sí, y todo el bien que tiene va guiado a Dios y es para su gloria; ve por vista de ojos, que los tiene abiertos para entender verdades (*Vida, 20, 20*).

“El alma verdaderamente humilde, a quien el Señor ha comunicado sus mercedes, se podrá poner entre cualquiera gente, aunque sea más distraída y viciosa, no le hará al caso ni moverá en nada, antes le ayudará, y serle ha modo para sacar muy mayor aprovechamiento (*V. 21, 6*). Al verdadero humilde, aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría; porque como es tan sagaz, teme el golpe, porque es imposible, si uno es humilde, que no gane más fortaleza en esta virtud y aprovechamiento, si el demonio tienta por ahí (*C. 12, 5*). El verdadero humilde, de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar, no pensando que es tan bueno como los que llegan a ser contemplativos. La humildad es, pues, tenerse por dichoso en servir a los siervos del Señor, porque mereciendo ser siervo de los demonios en el infierno, la trajo Su Majestad entre ellos (*C. 17, 1*). Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes y linaje, si no tiene esperanza que hará provecho, y entonces con humildad y consideración de que aquellos dones son de la mano de Dios (*A. 12*). Siempre te imagines sierva de todos, y en todos considera a Cristo nuestro Bien, y les tendrás respeto y reverencia (*A. 25*). Jamás deje de humillarse hasta la muerte en todas las cosas (*A. 50*). Crece mucho la humildad cuando es la criatura condenada sin culpa, y entonces no se disculpa (*C. 15, 1*). Crece la humildad cuando se junta con una santa osadía, de que ayudados de Dios podremos hacer las obras de los Santos (*C. 16, 8*). El verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado, aunque no haya hecho por qué”. Hasta aquí la Seráfica Doctora. Y aquí también deberíamos terminar por hoy, si no fuera para hacer notar, aunque ligeramente, la armonía, o mejor, identidad de la doctrina acerca de este punto esencial del Doctor Angélico y de la Doctora Seráfica. Como rayos reflejos de un mismo sol tienen igual propiedad, y dan igual luz y calor. Veámoslo.

“La humildad, dice santo Tomás, es la primera disposición para adquirir todas las virtudes”. “La humildad, repite Teresa de Jesús, mientras más crece en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de las virtudes. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces a donde estás! Sin esta virtud, a cada paso nos dejará el Señor.

“La humildad, añade santo Tomás, es el fundamento de la vida espiritual y cristiana”. “La humildad, dice santa Teresa, es el ejercicio principal, el cimiento de la oración, y el punto más sustancial para las personas que tratan de ella. Cuanto el alma tuviere de humildad, tendrá de aprovechamiento en el camino de la virtud”.

Por la humildad se deja vencer el Señor y enriquece de sus dones a quien la posee. – Esta virtud es la que sabe ganar la voluntad de Dios. El principio exterior de la humildad es la reverencia para con Dios. – Pongamos los ojos en Cristo, y allí aprenderemos la verdadera humildad, y ennoblecerse ha el entendimiento, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde. Vuela el alma algunas veces a considerar la grandeza y majestad de Dios, y aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma.

El acto propio de la humildad es despreciar la elevación terrena. – El verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido y condenado, aunque no haya hecho por qué.

Por fin, y esto es lo que queremos grabar hondamente en su ánimo a nuestros lectores, convienen Tomás y Teresa en conceder a la humildad un carácter de universalidad y nobleza, a la par de necesidad, que contrasta grandemente con los juicios erróneos y preocupaciones que nos hemos formado sobre tan preciosa virtud. “Es la humildad la verdad, dice Teresa de Jesús; y como Dios es Dios de la verdad, gusta tanto y es tan amigo de la humildad, que es verdad, orden y rectitud en nuestros sentimientos y en nuestros juicios, en el entendimiento y voluntad. Crece la humildad cuando se junta con una santa osadía de que, ayudados de Dios, podremos hacer las obras de los Santos”. Y Santo Tomás ya había dicho: “La humildad sujeta con dignidad al hombre a todo ordenamiento de la recta razón, o sea a los actos de todas las virtudes arduas de sí. Por consiguiente, la humildad exige del ánimo cristiano fortaleza varonil para ser practicada; la eleva sobre todas las miserias y le presta luz clarísima del cielo para

estimar todas las cosas en su justo valor, ennobleciendo por ende el alma con todas sus potencias". Por esto Teresa de Jesús no sólo de palabra fue doctora de esta nobilísima virtud, sino también obradora de ella, como veremos otro día con el favor de Dios.

SESO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester, que al ciego que lo era de su nacimiento, que éste deseaba ver la luz y no podía; ahora, Señor, no se quiere ver.

(Exclamación VIII de santa Teresa)

Desde que la vista humana turbada por las pasiones ve por entre el celaje de la prevención y del odio cuanto de algún modo tiene relación con aquel *castillo todo de un diamante*, al cual santa Teresa de Jesús conjuraba el alma racional, ya puede entenderse que todo ande perturbado y acabe en confusión lastimosa.

Asó es que no debe sorprendernos se llamen tiempos ominosos a los de la monarquía, y épocas gloriosas las dominaciones de insensatez y de oprobio. Pues con ánimo de llevar a cabo la obra de abominación, usarán los hombres probos e ilustrados el mismo lenguaje, con cuya invención verdaderamente ominosa, logró la demagogia talar campos o incendiar ciudades. Obra es por completo y de la exclusiva competencia de la revolución señalar con nota de proscripción todo lo bueno que encerraban las instituciones seculares y las fundaciones venerandas; y más daña, y escandaliza más saber que el liberalismo prudente y la discreta moderación de los conservadores no desdeñen hablar, sentir y apetecer lo mismo a que aspiran los albañiles de piqueta, no los que levantan y edifican.

¿Quién pensara que hombres de juicio, y que pretenden pasar por sinceros católicos, habían de adoptar y patrocinar ideas y palabras de invención ominosa, de ominosa historia y de nombre funesto? ¿Y quién creyera que todavía insistieran en rehabilitar una escuela condenada, a la vez que por la honradez, por el buen sentido, por la caridad y por la competencia, también por el buen gusto? Pues, sin embargo, cuando todo arde y se desploma hecho cenizas, levántase el dolorido acento de la hipocresía doctrinaria para lamentar que el liberalismo diga disparates y haga desatinos, como si dijéramos. Sienten y deploran que los liberales no se acrediten dando con mano fuerte golpes seguros; sienten y deploran que el sistema de descrédito se desacredite; sienten y deploran que no haya bastante cálculo, bastante malignidad, bastante celo y bastante fuerza de intención para consolidar un orden de cosas que hiciera posible el advenimiento de saludables restauraciones. Argúyese, pues, de ineptitud a los liberales, desatinados que con su conducta hacen apetecible la monarquía, a la cual se la llamará absolutismo. ¡Pues no es una lástima que se pierdan las conquistas del liberalismo a causa de amigos imprudentes!

Con este género de nubes en ambos ojos no se puede ver *el castillo todo de diamante*, figurado por la graciosa castellana Teresa de Jesús. Con ese género de lentes no se ve con claridad lo que pasa en el castillo del alma. Mirando así es inevitable la ofuscación.

En la monarquía se formaron, y a la sombra y protección de la monarquía vivieron ingenios tan claros y almas tan hermosas como la de santa Teresa de Jesús, san Pedro de Alcántara, Granada y san Juan de la Cruz; y no hay que decir que pensaron con libertas, que escribieron con donaire, que volaron, subieron y tocaron allá donde se contempla lo más hermoso del orden y lo más peregrino del sentimiento.

Desde las *primeras moradas* a las *séptimas* vemos a Teresa de Jesús llena de Dios, arrobada y gozosa como quien se deleita en la verdad y en comunicarla a las generaciones.

“¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con si hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los puede vender por esclavos de todo el mundo, como él lo fue, que no les hace ningún agravio, ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo” (*Moradas séptimas*, cap. IV, n. 6).

No fabrica sobre este fundamento el liberalismo prudente. Al contrario, tiene por exageración la doctrina de las esclavitudes cristianas, y da por corriente el sistema de no reñir con el mundo, aun tratándose de servir a Dios.

Ni a esto se limita. Constituyéndose en árbitro de las contiendas humanas, él fija y determina en qué grado y hasta qué punto se puede ser religiosos sin perder el concepto de despreocupados. Por de pronto nada de *esclavos señalados con el hierro de la cruz*. Esto se decía y practicaba en los *tiempos ominosos del absolutismo*. En los tiempos de la agresión culta o de la agresión ruda, según los turnos correspondientes, conviene hacer odiosa la institución monárquica, llamándola absolutismo. Con lo cual se consigue apartar la consideración de las arbitrariedades que son forma, ser, vida y sustancia del liberalismo, no muy dado a cantar las gloria de los conventos; aunque sí muy aficionado a la desamortización de los monasterios.

Y no hay remedio. Es preciso, si hemos de ser liberales juiciosos, no espantar la caza como los atolondrados demagogos, sino más bien erigirnos en intérpretes de la civilización moderna, que busca lauros y anhela por cosas de provecho. La vida contemplativa no es propia de siglos positivos. Ahora todo ha de ser milicia activa, provechos, goces y movimiento fabril. Teresa de Jesús no iba por estos caminos, sin embargo de su actividad prodigiosa, de sus penosos viajes y de sus jornadas admirables. "Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido de algunos Santos grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestra de ello en la Llagas; san Antonio de Padua, en el Niño; san Bernardo se deleitaba en la Humanidad; santa Catalina de Senas, otros muchos V. m. sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe ser cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas a mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada, porque hasta esto, está claro se ha de buscar al Creador por las criaturas. Todo es como la merced del Señor hace a cada alma, en eso no me entremeto. Lo que quería dar a entender es que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima Humanidad de Cristo; y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar" (*Vida de la santa Madre Teresa de Jesús, c. XXII*).

Sin duda no debe pensarse en Dios ni meditar los augustos misterios, si se quiere la civilización a todo trance. Es menester dar paso a la novela entretenida y a la caricatura ingeniosa. Requiere el buen tono llevar al pasatiempo y al teatro las gracias del coquetismo, las sales del epigrama, las oportunidades del chiste y la causticidad del gracejo. Con tal que se trasluzca la desenvoltura cortés, basta para hacer amable la seducción y apetecible el peligro. En medio de todo conviene sembrar alguna máxima de moral discreta, no sin declarar que disgustan los sermones. Con este procedimiento se afirma el sistema doctrinario, y sus doctores alcanzan lauro y prestigio. No podía hacerse una defensa más decidida y segura de la corrupción elegante.

"No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar estas mercedes de Dios por otro que el que él fue, y han ido todos sus Santos. No nos pase por el pensamiento; creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no la ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben" (*Moradas séptimas, cap. IV, n. 9*).

El mundo no lo cree así. Es traído y llevado a nombre de un *quid incognitum* que acaba por considerar al hombre como el *opus tumultuarium, et incogitatum*, de que habló Séneca (*De Benef. Lib. IV, c. 5*). Sólo que el filósofo advertía no ser esto verdad. *Scias non esse hominem tumultuarium, et incogitatum opus*.

Pues bien. Los que se precian de ilustrados fingen un hombre autónomo, independiente y con destino a gozar en vida que pasa dichas que huyen- Claro es que no conocen más que la mitad menos noble del ser, y ésa en rebelión contra el espíritu. ¡Cómo han de apoyar los institutos religiosos, donde se forman las martas hacendosas, y las Marías contemplativas! ¡Cuánto dolor! ¡Cuanta mentira infeliz!

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros,
En que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

(Glosa de santa Teresa de Jesús)

Jaén, fiesta del Patrocinio de san José de 1873.

+ ANTOLÍN, Obispo de Jaén

SOLUCIÓN RADICAL

CAUSA DE NUESTROS MALES PRESENTES Y SU REMEDIO

Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía (*S. Teresa de Jesús, Mor. 1ª, c. 2*).

Al vernos al borde del abismo, que nosotros todos hemos abierto a nuestros pies, unos con su apatía, otros con su escándalo y malas doctrinas y ejemplos, y todos con nuestro egoísmo, se espanta el ánimo más sereno mirando a lo porvenir. Un diluvio de fuego y sangre, precedido de un diluvio de males sin cuento, es lo que nos amenaza. ¿Quién soltó estas cataratas? ¿Quién acumuló todas esta agua de destrucción y ruina? Todos lamentan la magnitud de estos males, pero pocos reparan en su verdadero origen, y menos aún por lo mismo cuidan de aplicarle remedio. La Doctora española nos lo descubre con estas palabras: “Los que están en pecado mortal, están todos hechos una oscuridad y así son sus obras, El alma que por su culpa se aparta de esta fuente de la gracia y amistad de Dios, se planta en otra de muy negrísima agua, y de muy mal olor; too lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad”. El pecado mortal en las almas es la causa fundamental, el origen de todos los males que nos amenazan y oprimen. Oigamos cómo lo define tan sabia Doctora: “Es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma; el que más puede, más traiciones intenta contra su Rey”³.

“Cuando cae el alma en un pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más,... porque el intento de quien hace un pecado mortal es hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, aun la pobre alma queda hecha una misma tiniebla y oscuridad, y así son sus obras. No queráis más saber, de que con estarse el mismo sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma. Es como si allí no estuviese para participar de él, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en el sol. A la manera que si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está, que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal⁴. Al contrario, es el alma en gracia como un espejo claro donde se esculpe Cristo Nuestro Señor, por una comunicación muy amorosa. De aquí le viene ser sus obras agradables a Dios y a los hombres, como árbol que está plantado en las mismas aguas de la vida, que es Dios. Estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla, y quedar muy negro, y aun no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido”⁵.

“Mostrome el Señor cómo está el alma que está en pecado sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada, y liada, y tapados los ojos, que aunque quiere ver no puede, ni andar, ni oír, y en gran oscuridad”⁶.

“Andan los demonios como jugando a la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder, aherrojada, sin ser señora de sí”⁷.

³ Exclamación 14.

⁴ Morada 1.

⁵ Vida, c.40.

⁶ Vida, c. 23, 3.

⁷ Vida, c. 30, 7.

Con esta clave se pueden ya fácilmente explicar todos los males que nos cercan y todos los que puedan sobrevenir. Quien comprenda esta cristiana razón no se espantará de los horrores que sobrevengan por grandes que sean, antes bien se espantará de que no sucedan otros mayores. Porque, en efecto, un alma dejada de la mano de Dios, hecha instrumento ciego de Satanás, con todos sus instintos fieros avivados por la rabia y sagacidad de este espíritu infernal, por muchos males que haga, siempre puede hacer otros mayores.

Dada la verdad de esta católica doctrina, no te espantes ya, lector cristiano, no te admires de los crímenes y excesos que se cometan hoy día en que ha pecado, no sólo el individuo, sino la sociedad entera.

Si ves, pues, turbas desenfrenadas que con la tea en una mano y el puñal en la otra, van sembrando la desolación y la muerte por los campos y villas y ciudades, no te espantes por la magnitud de estos males, sino espántate de que no hagan mayores.

Si tus ojos no pueden mirar al templo del Señor y a las casas de los ciudadanos honrados, pero apáticos, porque nubes de plomo y de humo enturbian la diafanidad de la atmósfera, tampoco te maravilles; maravíllate, sí, cómo no son mayores las desgracias.

Si el Vicario de Jesucristo, el Venerable anciano Pío IX, gime cual otro Pedro en ignominioso cautiverio, a pesar de tener doscientos millones de hijos que protestan, que le aman de corazón; si los obispos y sacerdotes de Cristo son insultados, calumniados, perseguidos, vilmente asesinados, no te asombres; asómbrate, sí, de no ver todavía mayores excesos.

Si oyes rumores de guerras y voces que piden como otro Calígula la cabeza de la sociedad para cortarla de un solo golpe, no hagas aspavientos por ello; Hazlos, sí, porque son más grandes las desgracias que nos amenazan.

Si llega a tus oídos el clamor o las maquinaciones infernales de ciertos hombres que aspiran a dirigir la nave de la sociedad ellos exclusivamente con el fin de que un día, por capricho o despecho, puedan sin obstáculos incendiarla, o barrenarla para echarla a pique al profundo de los mares, aunque sea pereciendo ellos en la demanda, no te extrañes, extraña, sí, cómo no son más infernales estos proyectos.

Si, en fin, un diluvio de sangre anega el mundo, y cansado el brazo de la furia revolucionaria de matar, y no hallando a quién, se asesina a sí misma con su propia arma, no te asombres tampoco por estas desgracias; asómbrate, sí, de que no han sido mayores. Los que tal hacen están en pecado mortal, son instrumentos dóciles de Lucifer, y reconocen por padre y cabeza a aquel infeliz que no sabe amar, y es homicida desde el principio del mundo.

La atmósfera está saturada de blasfemias, de escándalos, de sacrilegios que van acumulando sobre nuestras cabezas nubes de indignación divina; y en castigos horribles han de resolverse sobre nosotros. Hoy el remedio es casi imposible, porque se llama bien al mal, y mal al bien. Se peca enormemente, y con el mayor descaro y frescura se exclama: ¿Qué he hecho? Son desahogos inocentes de la naturaleza.

Y lo más triste es que los que no se entregan a estos excesos, juzgan que todo está remediado con ciertos cataplasmas o remedios externos, y no quieren reconocer que sólo la justicia eleva y engrandece a los pueblos; sólo el pecado los hace miserables y desgraciados. ¡Ay! Que perdida u oscurecida la fe, búscanse remedios humanos, y no quiere acudir al Médico soberano que está en los cielos, al Dios y Salvador de los hombres, Jesucristo. Puede el hombre perderse, puede la sociedad extraviarse y enfermar de muerte; mas no puede salvarse sin la ayuda del Salvador de las almas; no puede volver al buen camino y sanar sus llagas sin la luz del cielo, sin la gracia de Dios. Y mientras no se acuda a estos celestiales remedios, todos los demás serán vanos; podrán por algún tiempo ocultar o paliar la gravedad del mal para que después aparezca con caracteres más alarmantes, mas curarlo radicalmente, no; es imposible. Mientras no se sequen las fuentes de muy negrísima agua del pecado, según la exacta comparación de nuestra ilustre Doctora, correrán por el mundo torrentes de desventura y suciedad que con su mal olor apestarán las almas; mientras las almas, cual otros diamantes espirituales, no reciban la luz del sol de justicia, Jesús, sino que el pecado ponga impedimento cubriéndolas con el negro sudario de la muerte, no brillarán ni reflejarán rayos de virtud y luz divina que armonicen y den hermosura y claridad a todos los corazones; no reinará orden ni concierto en el individuo, y por consiguiente tampoco en la sociedad, que no es más que el conjunto y muchedumbre de individuos. “En fin, exclama la sabia Doctora, como a donde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar?”.

Éste es, pues, y no otro, el origen de todos los males de la sociedad actual; el pecado que oscurece el entendimiento y lo ciega, y enflaquece la voluntad para el bien, sujetándola a la fiera servidumbre de Satanás. Curar, pues, de remediar los males y peligros que nos cercan

sin cegar estas fuentes, es trabajo vano. La obra de la regeneración del mundo, así como la de su primera conversión, es obra sobrenatural; todos los discursos y desgracias no podrán sin la gracia mover píamente la voluntad del hombre más miserable, y por consiguiente trasplantarlo de las corrientes de pestilencia a las aguas de vida y salud.

¿Y yo podré contribuir, preguntará alguno, a esta obra de regeneración del mundo? ¿En qué escala? ¿Por qué medios? – *El Solitario* responde a estas preguntas en la adjunta carta. Allí señala con admirable claridad, y precisa con incomparable maestría, el remedio que todos, todos indistintamente, podemos y debemos emplear a bien poca costa. Manos, pues, a la obra de regeneración de las almas, y por ella a la del mundo. Hagamos con nuestras oraciones correr todos los arroyicos del agua cristalina de la fuente de la gracia, y ceguemos los torrentes del pecado que inficiona al mundo. Con nuestras súplicas rasguemos el paño muy negro del pecado que cubre el diamante o cristal resplandeciente de las almas, para que dé en él el sol de justicia y haga en él su claridad operación.

“¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo, entendedos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mira que se os acaba la vida y jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús! ¡Qué es ver a un alma apartada de ella! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! ¡Y las potencias que son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas, con qué ceguera, con qué mal gobierno! ¿Qué fruto puede dar estando el árbol plantado en posesión del demonio? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué ha de hacer con nosotros quien fue traidor a su Dios? ¡Oh ceguera grande, Dios mío! ¡Oh qué grande ingratitud, Rey mío! ¡Oh qué miserable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mío! ¡Oh mortales, volved, volved en vosotros! Mirad a vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso; acábese ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la guerra y os quiere quitar vuestro mayorazgo, que es el demonio. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dio al mundo; entendedos, por amor de Dios, que vais a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podéis nada contra su poder, y que, tarde o temprano, habéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. Pues si tan grande es su justicia, ¡ay dolor, ay dolor! ¿Qué será de los que hayan merecido que se ejecute y resplandezca en ellos?”.

DESDE LA SOLEDAD

Alma que persevere en la oración está salvada... Orad, hermanos, porque todo lo quede la oración.

(Santa Teresa de Jesús)

Fácil es orar, mis amados hermanos; más aún, dulce y delicioso es el ejercicio de la oración; oremos, pues, y oremos sin cesar. Las necesidades son continuas y siempre más apremiantes; los peligros que nos cercan se aumentan y tratan de sepultarnos en un abismo de males y horrores; oremos, pues, hermanos, y oremos sin intermisión. La oración es el arma del cristiano con la cual todas las dificultades vence, y puede remediar toda suerte de males. No todos pueden predicar, y misionar, y enseñar; pero todos podemos y debemos orar por los predicadores, misioneros y defensores de la Iglesia. No todos se atreven a tomar la disciplina y usar el cilicio, ni pueden avenirse con el ayuno y mortificación rigurosa; pero sí que todos los cristianos pueden y deben orar para que esas mortificaciones y penitencias de las almas justas sean aceptas a la divina justicia, y la muevan a usar con nosotros de misericordia. Para ello basta rezar un *Padre nuestro* o *Ave María* a la intención de Cristo Jesús, con atención y devoción, ofreciendo todas nuestras buenas obras a este fin.

Lo que se dice en el orden natural que hay fuerzas latentes en nosotros que no descubrimos sino en un caso extremo, bajando muchos al sepulcro sin que hayan hecho uso de ellas, sucede en el orden sobrenatural o de la gracia. Como miembros de Cristo, que es nuestra cabeza que continuamente influye su gracia y virtud en los que están justificados,

tenemos un poder incalculable, omnipotente, porque participamos de su naturaleza y nos revestimos de sus perfecciones. Pero, ¡oh dolor, qué lástima!, ¡que pudiendo salvar al mundo, cerrar las bocas del infierno, vaciar el purgatorio y triunfar de la ira y enojo de Dios, y convertirle a nosotros con misericordia, nada de esto hacemos, tantos bienes se pierden por nuestra culpa, por desconocer el poder que tenemos, las fuerzas de que podemos disponer dándonos al ejercicio de la oración!

¿Qué sucede cuando oramos? ¿Quién es capaz de penetrar el misterio de la oración? Es la oración como incienso oloroso, como vapor aromático que sube de este árido destierro hasta el trono de Dios, para descender a la tierra convertido en rocío celestial, en lluvia benéfica y suave. Y ¿quién jamás ha podido calcular todos los beneficios que proporciona a los animales, plantas, árboles y flores el rocío, la lluvia del cielo? Por esta gota de rocío, la flor mustia hubiérase deshojado, y los brotes no se hubieran abierto, y la planta se hubiese secado, y el árbol no hubiese dado fruto, y la tierra no se cubriera con manto de esmeralda verde y rico, como reina en día de fiesta, sino que se presentara desnuda, envuelta con el sudario y sábana de la muerte. El pájaro en la selva y en el nido, las fieras en los bosques, y todo lo que tiene vida en este mundo y lozanía, desapareciera al momento quitado el suave y benéfico influjo de esta gota de rocío, de esta suave lluvia. Una cosa semejante acontece con la eficacia de la oración, rocío y lluvia suavísima del cielo, que hace reverdecer y da vida y lozanía a las almas, que cual árboles de virtud están plantadas en el jardín de la Iglesia, junto a las corrientes de la gracia del cielo. Mil flores de buenos deseos y santos propósitos no llegarían a abrirse y perfeccionarse, si no viniese en su auxilio el rocío de la oración. Los frutos de virtud no arribarían a sazón de suerte que fuesen de salud para las gentes, si no fuera porque desciende en su socorro la lluvia de la oración. Miles de corazones permanecieran cerrados a las inspiraciones de vida eterna, como flores que se agostan antes de abrir su cáliz, si no depositase en su duro seno su refrescante aliento la oración. Es quizás un alma sumida en las tinieblas del desaliento y desesperación, que ve brillar en lo íntimo de su seno un rayo suave de luz celestial que desvanece sus dudas y la anima y alegra. O un hombre que cual hijo pródigo vive en olvido de Dios y de sí mismo, de la dignidad de cristiano, cuya alma oprimida con la pesada carga de pecados, yace herida y agonizante en la sombra de la muerte; y siente, sin saber de dónde le vienen, remordimientos crueles que le despiertan de su letargo, suaves silbos o inspiraciones que le impulsan a salir de su mísero estado, y a buscar en los abrazos y quietud de su Padre Celestial la paz perdida, la vida de su alma. O tal vez es un alma que está a punto de despedirse del mundo y saltar al bajel de la muerte que aporta a las playas de la eternidad; pero, ¡ay!, que el batallar de esta alma es terrible. ¡Ay!, que los enemigos son fieros y astutos y redoblan sus ataques, porque conocen que les queda poco tiempo para poder dañarla. ¡Ay!, que lo pasado la acongoja, y el presente la aturde, y el porvenir la espanta. ¡Ay!, que es el momento crítico, único, que va a decidir si aquella alma ha de ser eterna y perfectamente feliz, o para siempre desdichada. ¿Quién podrá asegurarle la suerte a esta alma? – La oración, sí, y sólo la oración. ¿Y de quién? ¿Cuya ha de ser la oración? ¿Es necesario que sea de algún potentado o sabio del mundo? No. Basta que sea devotamente hecha. Tal vez es una pobre anciana, llena de años y achaques, que vive en miserable choza en un rincón de aldea, la que con su oración obra todas estas maravillas, y con el rezo del santo Rosario alcanza virtud a los tentados, consuelo a los afligidos, buen éxito y feliz término a las empresas de las almas santas, y una corona de gloria e inmortalidad a los que están en el último combate de la vida, en la agonía de la muerte. ¡Oh hermanos míos, que puede mucho la oración y obra grandes maravillas en el cielo, en la tierra y en el purgatorio! De ella puede decirse como de la voluntad del Señor, que hace todo lo que quiere en los cielos y en la tierra. ¡Si nos fuese dado contemplar lo que podemos y obramos cuando abriendo nuestros labios, o atento nuestro espíritu, llamamos al Corazón de Cristo Jesús, y le pedimos a su intención por sus hermanos descarriados, por los tibios, por los que padecen en el purgatorio, por los que moran en el mar de este mundo! ¡Cuántas maravillas, cuántos milagros descubriríamos entonces! Ese espíritu de oración, esa eficacia de nuestras súplicas, el poder de intercesión, no nos es conocido en este mundo; sólo al entrar en la eternidad feliz podremos conocerlo, cuando viendo tantas almas justas y salvadas, preguntaremos a Dios: ¿Por qué están aquí éstos? Y nos descubrirá que ha sido por nuestras oraciones, por nuestras súplicas. Es verdad que a los ojos del mundo, ciego para las cosas del espíritu, están ocultas estas cosas, y aun a los amigos de Cristo no se les alcanza con toda claridad en esta vida; es cierto que este siglo materializado y sensual desconoce o niega la utilidad y necesidad social de la oración; pero también es cierto que el mundo no conoce ni para atención en la influencia vivificante de la gota del rocío que en el desierto reverdece la flor mustia, ni en la lluvia suave que beneficia las

yerbas del bosque y esmalta las praderas de verdor. ¿Y porque se desconozcan o nieguen estas verdades dejarán de ser? ¡Ah!, no. Dios ha determinado hacer beneficios a las almas, pero con la condición de que se lo pidamos. Pedid y recibiréis, llamad y os abrirán; hasta ahora no habéis pedido cosa alguna, por esto sois pobres, y vivís rodeados de males y no halláis remedio a vuestras miserias. Ésta es la verdad y la queja que hoy exhala y repite Jesús al ver que no hay en nosotros espíritu de oración. Para moveros, pues, hermano mío, a que sea atenta vuestra oración, vuestras súplicas, os ayudará sobremanera el recordaros la visión que tuvo Santa Gertrudis⁸; pues de vez en cuando ábrese los cielos y nos envían un vislumbre de este poder de la oración. Declarola el Señor, que cuantas veces reza un cristiano devotamente la Salutación angélica, otras tantas brotan del seno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo tres impetuosos arroyuelos que van a penetrar dulcemente el corazón de la Santísima Virgen; luego, saliendo de su corazón con igual impetuosidad, buscan su origen, y estrellándose al pie del trono de Dios, cual ola embravecida contra una roca, déjanla poderosísima según el Padre, sapientísima según el Hijo, y llena de amor según el Espíritu Santo. Mientras uno está diciendo el *Ave María*, corren estos arroyuelos con grande impetuosidad alrededor de la Santísima Virgen, inúndanla, y vuelven en seguida a precipitarse sobre su corazón santísimo. “Con tan maravillosa delectación, son palabras de la Santa, van a buscar primeramente su origen, y retrocediendo después, resuélvense en gotas brillantes de gozo y dicha y salvación eterna; se derraman, cual lluvia benéfica, sobre todos los Ángeles y Santos, y hasta sobre aquellos que se ocupan entonces en rezar la misma Salutación; y de esta suerte llegan a renovarse en cada uno todos los bienes que recibiera hasta el presente por medio de la Redención”. Si esto acontece con la Salutación angélica, ¿qué maravillas no obrará el *Padre nuestro*, *Credo* y oraciones de la Misa? ¡Y cuán fácil cosa es rezar devotamente todas estas breves oraciones!

Haz, pues, lector mío, con tus oraciones atenta y devotamente rezadas, sobre todo en el florido mes de mayo, que esos ríos rieguen tantas almas y refresquen tantos corazones, como hoy, día, por falta de esta gracia, mueren secos o viven sin lozanía. El Corazón de Jesús, el Corazón sagrado de María, están llenos de esta agua, y sólo esperan una súplica; quizás es la tuya tan sólo la que falta para enviar al mundo, árido y seco, torrentes de copiosas gracias que renueven la haz de la tierra. Haga María Inmaculada, jardinera solícita de la Iglesia, en este mes a ella consagrado, que así como se renueva la faz de la tierra y se viste de sus más preciosas galas la naturaleza, abandonando los vestidos de luto que la cubrían en el invierno, así en el mundo moral todas las almas recobren la paz perdida, la gracia del cielo, que las adorne con flores de virtud, frutos de buenas obras; y sea en la naturaleza, y en la gracia, mes de María y de Jesús.

Y si empleas todos los días en reflexión o meditación un cuarto de hora de soledad, de parte y en nombre de Teresa de Jesús te asegura el cielo el mínimo de sus hijos y devotos que mora en la mansión de paz.

EL SOLITARIO

LA MUJER FUERTE

No querría yo, hijas mías, fuédeses en nada mujeres, ni lo pareciédeses, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí el Señor las hará tan varoniles . que espanten a los hombres; y qué fácil es a Su Majestad, pues nos hizo de nada.

(Santa Teresa de Jesús, *C. de Perf.*, c. 7).

Hora es ya de demostrar a nuestras lectoras que mujer devota es sinónimo de mujer fuerte, como dijimos en su día. Según lo escrito hasta aquí, mujer devota es una persona consagrada, dedicada totalmente al servicio de Dios, cumpliéndose en ella aquel admirable orden que señala el Apóstol

⁸ Rev., lib. IV, cap. 12.

cuando escribe: Todas las cosas son nuestras, y nosotros de Cristo, y Cristo de Dios. De suerte que en el alma devota la pasión está sujeta a la voluntad, a la recta razón, y la razón a Dios, quedando así santificadas todas las acciones humanas. Pues para lograr fin tan alto y poner orden y concierto en nuestra alma, que es como un castillo donde hay sus criados y dependientes, cada uno con sus naturales y a veces opuestas inclinaciones, necesita armarse de fortaleza y constancia, y resolver a morir o vencer en la pelea, no parando hasta haber sujetado a los mandatos del espíritu ilustrado por la fe todas las concupiscencias desenfrenadas de la carne.

Para comprender, pues, la fortaleza de ánimo de que debe revestirse la mujer devota, hagamos un breve recuento de los enemigos que debe combatir y sojuzgar por adquirir este honroso dictado, y se verá mejor como le cuadra perfectamente el llamarse fuerte.

Los enemigos que ha de combatir y vencer la mujer católica para llamarse con propiedad devota, unos son exteriores, otros interiores..

Enemigos exteriores. El demonio taimado y ladino, que reviste todas las formas para seducirnos. Ora se transfigura en ángel de luz, ya en torpe bruto para derrocarlos en lo profundo de la perdición; unas veces elevándolos falsamente con la soberbia, otras rebajándonos con halagos, con los sucios deleites que proporcionan las pasiones de ignominia. Nuestros hermanos, el prójimo con quien hemos de tratar por necesidad. Así como no hay dos fisonomías iguales, tampoco hay dos espíritus que congenien en todo. Esta variedad, pues, de genios en el trato de la vida social nos es ocasión casi continua de mil pequeñas luchas donde se encuentran opuestas miras y deseos, sostenidos y atizados por el ardor de las pasiones. A veces estas pequeñas luchas toman grandes proporciones, que no pueden vencerse sin una gran fortaleza de ánimo.

Mas no son estos enemigos los más temibles. Como no siempre viven con nosotros bajo un mismo techo, y con la ausencia y el retiro pueden muchas veces burlarse y excusar sus encuentros, no ofrecen el inconveniente de nuestros enemigos domésticos e interiores. Éstos pueden sojuzgarse, pero totalmente dominarlos sin un especial privilegio es imposible. Sólo entre las mujeres ha habido una pura criatura que ha gozado de este privilegio, y es la mujer fuerte por excelencia, María Madre de Dios.

De las otras criaturas ninguna puede decir con verdad que no tiene pecado, pues el justo cae siete veces al día. Pues el primer enemigo casero cuya molesta compañía no puede evitar por más que se esfuerce el alma, es ella misma. Si con todos hemos de tener paciencia para vivir en paz y gustar uno de los más suaves frutos de la devoción, con ninguno debemos tenerla mayor que con nosotros mismos, porque en todos los instantes de la vida la carne codicia contra el espíritu, y es espíritu contra la carne. Hay en nosotros como dos personas, que cada una tiene sus aspiraciones, sus gustos y modo de obrar. Una que se agrada de todo lo justo y honesto, que aspira a la inmortalidad, a la unión con Dios. Otra que parece sólo se halla satisfecha con la inmundicia y bajeza, codiciosa de lo presente y de lo que tiende a embrutecerla, envilecerla. Son como dos hermanos que moran en la casa del buen padre de familias en continuo disgusto y oposición. El uno se llama hijo pródigo, el otro hijo bueno y justo. El oficio propio de la devoción es poner en armonía a estos dos hermanos, corrigiendo el genio díscolo, los instintos malos del más joven hasta sujetarle a la resta razón, o a lo menos, a no dejarle andar como caballo cerrero, que no quiere sufrir el freno, ni sobrellevar la carga. ¡Cuánta fortaleza, pues, no debe poseer la mujer devota para sufrirse a sí en sus imperfecciones, sin inquietarse ni desanimarse, para adquirir la enmienda con perfección! Fuerte debe ser en pelear con sus faltas, en dominarse a sí misma, que es la más gloriosa que a la par difícil victoria.

Ha de ser fuerte la mujer devota en no dejarse dominar del afecto o amor desordenado de ninguna cosa criada. Debe ser independiente en sus afecciones, amistades e inclinaciones particulares, para no vivir sino conforme a la luz de la verdadera piedad.

Fuerte debe ser la mujer devota en no apegarse a las dulzuras, ternuras o consolaciones, ya provengan de Dios, ya de las criaturas, para no hallarse en ellos empeñados. Fuerte para entrar en guerra espiritual contra todo lo que de cerca o de lejos conspire a separarnos de la caridad de Jesucristo.

Por fin, debe ser el alma devota generosamente fuerte. No se ha de espantar de las dificultades, antes con ellas, como sucede con los grandes incendios, debe avivar su aliento y su ardor, porque nunca será valeroso quien no obra con valor en los trabajos.

Si así es, oigo decir a una devota caprichosa, no trae cuenta el darse a la devoción, pues siempre se ha de vivir con el escardillo en la mano arrancando del alma las malas yerbas de las pasiones. Y esa continua pelea es un yugo pesado, es faena durísima que sólo termina en el sepulcro.

¿Y qué?, porque no guste una verdad, porque no sea grato al paladar enfermo un exquisito manjar, ¿dejará por ello de ser bueno, perderá acaso su bondad? ¡Ah, bien sospechaba yo al emprender esta tarea que había de encontrarme en desavenencia con algunas de mis lectoras! Pero, ¿qué hacer? Si la luz es molesta a los ojos enfermos, ¿deja por eso de ser bella y de alegrar al universo? ¿Queréis que os engañe halagando vuestro amor propio desordenado, contándoos dulces mentiras? ¡Ah!, no; no no consiente nuestro carácter, ni lo sufre el amor que en Jesús de Teresa os profesamos; haríamos traición a nuestra conciencia, y no nos inspiráramos en la doctrina inspirada de nuestra seráfica doctora Teresa de Jesús. Mas tened espera y no os alarméis, que cosas mayores habéis de oír, y en el próximo número,

con el favor de Dios, os haré ver con la enseñanza de Teresa y por vista de ojos, cómo de esta fortaleza de la devoción sale la dulzura para el alma. En ese batallar de la vida, en esa devoción generosa hallará vuestra alma la paz, la dulzura y las consolaciones del espíritu que en vano buscaríais en la falsa devoción.

ECO DEL CIELO

Sabido es de todos el gusto que santa Teresa tenía por el aseo y limpieza en todas las cosas. Repugnaba profundamente a su alma bella todo linaje de fealdad y hacía daño a su corazón, santuario de limpidez y pureza, todo cuanto no iba revestido de ese aire de juventud y virginal resplandor que tanto aman las personas puras y delicadas. Cuanto tocaban las manos de Teresa, cuanto podía sentir su influencia bienhechora, todo llevaba ese amable sello de limpieza; estaba todo de tal suerte dispuesto y aderezado, y vestido de tanta luz y gracia, que como si por allí hubiese pasado una agradable corriente de claridad y de perfumes, se adivinaba el paso de un alma tan hermosa y tan pura como el alma de Teresa. Pero donde, sobre todo, se holgaba Teresa que la pulcritud y limpieza resplandeciesen, era en la casa de Dios, y en las cosas a Él consagradas. “Tenía grande curiosidad, decía el P. Rivera, en que todo lo que tocaba al servicio de Dios estuviese muy cumplido y limpio, y bien aderezado, como es la iglesia, el altar y frontales, y ornamentos, y cálices y corporales, como se ve en todos sus monasterios, por pobres que sean”. Todo le parecía poco a Teresa cuando se trataba de disponer el templo del Señor. Ya que las más de las veces no podía disponer de preciosidades y tesoros, que a manos llenas hubiera querido ella esparcir en la casa de Dios, le era dado al menos embellecerla y aderezarla con esas amables y sonrientes galas con las cuales la misma pobreza sabe revestirse. En iglesias, radiantes siempre de limpieza y de buen gusto, aposentaba Teresa al Señor, límpido amorador de las almas puras y no contaminados corazones. Por solo un acto de bendición y de gloria a Dios, ¿qué no haría el alma enamorada de Teresa?

Oíd lo que a este propósito aconteció en una de sus fundaciones: Fundado el convento de religiosas de Toledo, tanto se esmeró la Santa en dejar la pequeña y pobre iglesia ataviada y embellecida de la manera que acostumbraba, que no se cansaban las gentes de visitar aquel recinto y celebrar su buena disposición y aliño. Acertó a entrar un niño en la iglesia y, agradablemente sorprendido y presa de grande alegría, hubo de prorrumper alborozado en estas palabras que oyeron todos: “¡Bendito sea Dios, y qué lindo está esto!”. Lo cual oyendo la Santa, dijo a sus Hijas presentes: “¡Por solo este acto de gloria de Dios que ha hecho este angelito, doy por bien empleado el trabajo de esta fundación!”.

¡Qué dulce contentamiento no experimentaría el corazón de Teresa al oír la voz de aquel niño! ¿Era, por ventura, un enviado del cielo el que, envuelto en las graciosas formas de un niño, venía a significar a Teresa el agrado y complacencia de Dios en lo que acababa de hacer? ¿Acaso aquella sonora voccecita era como una nota desprendida del cielo, la resonancia dulce del cantar que allí se cantaba por la mayor extensión de la gloria de Dios, merced al celo y los trabajos de Teresa? - “¡Bendito sea Dios!”, dijo aquel ángel, y “¡Bendita sea Teresa”, añadimos nosotros, que siendo una pobre monjuela, tanto ensanchaba las fronteras del imperio de Dios en la tierra, y llenaba el mundo de sus bendiciones y alabanzas!. – A.

A LA VIRGEN

I
Cuando los campos se visten
de matizadas alfombras
confundiendo sus colores
y delicados aromas
los fragantísimos lirios

y las perfumadas rosas,
y brillantes como estrellas
gratos fulgores arrojan
era pléyade de flores
que las campiñas adornan,
y cual ricos incensarios
mueven las blandas corolas

y alzan nube de perfumes
 por los valles y las lomas;
 cuando los cielos se extienden
 en lontananzas hermosas,
 y de luz, de azul y de oro
 ricos celajes se forman,
 y son tibios los ambientes
 que juegan entre las frondas,
 y la luz cual pura virgen
 se recata en blancas tocas;
 cuando un mundo de existencias
 jóvenes, encantadoras,
 a la mirada del cielo
 fecunda la tierra brota,
 y llénanse los espacios
 de los cantos de la alondra,
 de los murmullos de fuentes,
 de los ruidos de hojas,
 de los suspiros del viento,
 y de voces misteriosas
 que exhalan los corazones
 presa de tiernas memorias,
 ¡ay, cuán dulce es a la Virgen
 inmaculada y hermosa
 tejerle de corazones
 inmarcesibles coronas!

II

Tan sólo cuenta doce años
 la niña triste que dobla
 junto al altar de la Virgen
 sus rodillas temblorosas.
 sollozando está la niña
 de hinojos sobre las losas,
 y entre llantos y suspiros
 a la Virgen así invoca:
 "Permitid, Virgen María,
 que a tus brazos yo me acoja,
 perdida la dulce madre,
 que era mi amor y mi gloria.
 ¡Ay!, la pobre madre mía
 me dejó tan triste y sola...
 ¿Dónde hallar podré consuelo,
 ¡María, madre amorosa!
 ¡Madre, sí! Dulce esperanza,
 suave lluvia bienhechora
 que refrescas a mi pecho
 que la tristeza desola.
 Debajo la verde yerba
 He visto abrir ancha fosa...
 ¡allí reposa mi madre,
 allí mi madre reposa!
 Mas tú también eres madre
 del que sufre y del que llora,
 y a ti me entrego por hija
 y de ti quiero ser toda".
 Una sonrisa más dulce
 que el despuntar de la aurora
 iluminó de la Virgen

la graciosísima boca.
 Y también otra sonrisa
 entre alegre y melancólica
 bañó el rostro de la niña,
 Teresa la fundadora.

III

María, dulce consuelo,
 toda tierna y bondadosa,
 no desoigas los clamores
 de las almas que te adoran.
 Si a tus altares se acercan
 a ofrecerte mil coronas,
 y con festones floridos
 tus limpias aras decoran,
 ¡ay!, las lágrimas esmaltan
 sus perfumadas corolas,
 que tus hijos están tristes,
 y al tejer los ramos lloran.
 Lloran, sí, del mundo impío
 la ingratitud monstruosa
 cuando loco se levanta
 contra Jesús y su Esposa.
 Lloran las tristes ruinas
 de los templos que desploman
 vientos, ¡ay!, asoladores
 que de los infiernos soplan.
 Y lloran el cautiverio
 del Ungido, que tu hermosa
 frente, rica de diademas,
 adornar supo con otra.
 Secad, oh Madre, las lágrimas
 que de nuestros ojos brotan
 y sobre las flores caen
 y sus tintas descoloran.
 Ellas cerca de tu trono
 te sabrán decir llorosas
 la grandeza de dolores
 que nuestras almas devoran.
 Que una sonrisa de dicha,
 perfumándose en tu boca,
 traiga a nuestros corazones
 la alegre paz que no gozan.
 Con nosotros te lo pide
 aquella casta paloma
 que a tus pies obtuvo un día
 cuanto te pidió angustiosa.
 Pues concédelo por ella,
 ya que cuanto pide logra,
 ya que tanto tú la quieres,
 omnipotente Señora.

J.A.

Tortosa, 10 mayo 1873

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Tengo yo para mí, que la medida para llevar gran cruz o pequeña es la del amor (*C. de P.*, c. 32).

A su Hijo glorioso dio el Señor trabajos, dolores, injurias y persecuciones, con muerte de cruz. Veis a quien más amaba lo que dio. Éstos son sus dones en este mundo (*Ib*).

El alma del justo no es otra cosa sino un paraíso en donde el Señor tiene sus deleites (*Mor. I*, c. 1).

Aficionémonos al bien de las almas y al aumento de la Iglesia (*Fund.*, c. 1).

Paréceme que el Señor aprecia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, que todos los servicios que le podemos hacer (*Ib*).

El bien nunca trajo mal (*Ib.* c. 4).

Gran cosa es lo que agrada a Dios nuestro Señor cualquier servicio que se haga a su Madre (*Fund.*, c. 10)

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ESPAÑA

Ha fallecido el eminentísimo Cardenal Sr. García Cuesta, arzobispo de Santiago, uno de los prelados más ilustres de la Iglesia española y universal, y uno de los hijos que más honra han dado a nuestra patria en los tiempos modernos. No es posible dar una idea exacta de todas las muestras de interés y cariño que recibió el Cardenal en los últimos instantes de su vida. El telégrafo estuvo trabajando de continuo; en su palacio se recibían partes de todos los prelados de España y de muchas personas de alta categoría. La escalera y antecorredores estaban continuamente invadidos por el cariñoso pueblo compostelano, sin distinción de clases ni de opiniones, pues todos sin excepción amaban entrañablemente a su Prelado. El tema obligado de todas las conversaciones era la enfermedad del Arzobispo; los fieles se reunían de continuo en todas las iglesias, en muchas de las cuales estuvo Su Divina Majestad expuesto a la pública adoración; en fin, el lunes después de Pascua, a las cinco y media de la tarde, el Cardenal García Cuesta entregó su espíritu al Creador. Su pérdida es dolorosa; su edad podía permitirle prestar aún grandes servicios a la causa del Catolicismo. Dios le ha llamado a sí antes que viese en la Iglesia la paz por que suspiraba. Roguemos a Dios se la conceda a él en la mansión de los justos.

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. Con el epígrafe *La salud de Pío IX*, publica la *Correspondencia* de Ginebra un artículo de su corresponsal de Roma, fechado el 18 de abril, y que traducimos a continuación por considerar que nuestros lectores lo verán con el interés que inspiran a todos los católicos cuantas noticias se relacionan a la sagrada persona del Vicario de Jesucristo.

“Ayer se ha levantado el Padre Santo, pudiendo por lo tanto recibir en su biblioteca particular a los ministros y personajes de su Corte.

“La enfermedad no tuvo ninguna gravedad; la única inquietud que podía causar era la avanzada edad del augusto enfermo; Jesucristo conserva todavía a su Iglesia su Vicario, y a los fieles su queridísimo Pastor.

“Necesariamente llegará un día en que será preciso llorar sobre la tumba al tantas veces objeto de los deseos parricidas de la revolución. Pío IX morirá, y el mundo tarde o temprano será testigo de este gran eclipse.

“Pero el día que esto acontezca, el universo se conmoverá por la fúnebre catástrofe. La prueba la tenemos en el terror que ha producido la noticia de la indisposición de Su Santidad.

“Era de ver cómo la multitud invadía todas las iglesias, dirigiendo sus oraciones para alcanzar de Aquel que todo lo puede, que prolongase la vida de su Pontífice, de su Padre y de su Rey. Cristianos hasta entonces poco celosos en el cumplimiento de sus deberes, prometían enmendarse con tal de que a Pío IX le fuese devuelta la salud.

“¡Qué consuelo para el Padre Santo contemplar que el amor que le tienen sus hijos es suficiente para enardecer el fervor en unos, vencer las inclinaciones y costumbres en otros, y excitar en todos los corazones el amor y la práctica del bien! Pío IX es el apóstol que, haciéndose amar, atrae a Dios, atrayéndoselo a sí. Poder divino de la caridad, a la cual nada resiste y que ejerce a su alrededor una inmutación sobrenatural.

“¿Dónde se encuentra el príncipe que goce de esta prerrogativa más que real? En el apogeo del poder, ven ellos un pueblo temblar a la menor noticia de un peligro que les amenaza, como el pueblo romano se ha sobrecogido de temor a la nueva de que su Rey, destronado y cautivo, no goza de la salud maravillosa que parece ser el privilegio de su ancianidad. Su feliz rival, su opresor, podrá morir, pero de seguro que no obtendrá ni lágrimas ni suspiros. Pío IX se halla ligeramente enfermo, su pueblo se consterna, llena las iglesias, eleva preces y las ofrece por él, acompañadas de la práctica de nuevas virtudes. Este contraste, seguramente, es digno de ser notado.

“Pero el pueblo ha sacado otras consecuencias. ¿De qué proviene la enfermedad de Pío IX? De su prolongado cautiverio. Los sucesos del 20 de septiembre han confinado al Papa en su palacio, prisión húmeda y fría, donde carece de espacio necesario para el ejercicio que reclama su salud. Cuanto más amado es Pío IX, más odiados son sus opresores. Todos los corazones verdaderamente romanos han maldecido durante esta enfermedad, más que antes, a los causantes de este desagradable suceso. Los piemonteses no piensan bastante en la execración que contra ellos se acumula, de día en día, en el corazón de los romanos. Pude, sin embargo, apercibirse de que en tres años han perdido más terreno en Roma que el que han ganado”.

- Siguiendo la iniciativa de la *Unità cattolica* de Turín, los católicos de Italia están firmando un mensaje al Papa para protestar contra los ultrajes inferidos en Roma contra la divinidad de Jesucristo. Las firmas, reunidas en un álbum, irán acompañadas de ofrendas, siendo presentadas a Su Santidad el 25 de mayo, fiesta de San Gregorio VII.

ALEMANIA. Los pintores y otros artistas católicos alemanes han hecho una demostración que consuela en estos días de prueba. El pintor Kaulbach ha llegado al extremo de prostituir su talento para atacar a la Iglesia y a sus instituciones. Ciento veintiocho pintores acaban de protestar públicamente contra las escandalosas producciones de su cofrade, al cual llaman “una vergüenza para el arte alemán del siglo XIX, porque escandalizan al pueblo falsificando la historia, hollando el respeto debido a Dios, a la Iglesia y al Estado, deprimiendo la moral cristiana, y en una palabra, destruyendo todo orden”. Al propio tiempo han enviado un mensaje de sumisión al Soberano Pontífice con 210 firmas, entre las cuales figuran las del Fúrich. Deswanden Woerndle, Peul, Archtermann, Blaas, Hess, Veit, Steinlé, Madjera, Schoeph y Jehle.

BÉLGICA. A 305, 562 francos asciende lo recaudado hasta ahora en este año por la prensa católica para la suscripción titulada *Aguinaldos pontificios*. Esto da una idea exacta del amor al Papa que reina en la Flandes católica.

FRANCIA. La caridad de los católicos franceses es inagotable. El *Univers* ha recogido en pocas semanas más de 50.000 francos para el socorro de los sacerdotes pobres y desterrados del cantón de Soleure en Suiza.

PALESTINA. Nunca fueron tan numerosos como este año los peregrinos que han acudido a presenciar, en la misma cuna de Jesucristo, las ceremonias de la Semana Santa y Pascua. La mayor parte de ellos han visitado la vía férrea que dentro de poco tiempo conducirá de Jerusalén al puerto de Jaffa, atenuando así las fatigas de este viaje.

Una firma de Abdul-Aziz autoriza la distribución de 1.500 billetes gratuitos cada año a los peregrinos pobres, billetes que serán distribuidos por el Papa, el Patriarca de Constantinopla y los jefes de la religión israelita en Paría y Londres.

SUIZA. Mr. de Mestral, ministro protestante de Lausana, que había ya censurado la odiosa conducta del Gobierno contra Mons. Acaba de reiterar su protesta con motivo de las

tiránicas medidas tomadas contra el clero del Jura. Además, ha enviado una ofrenda para Ips sacerdotes despojados y perseguidos.

GRACIAS

que se piden a Santa Teresa de Jesús y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

La perfección de los matrimonios cristianos.
Las Misiones católicas-
La destrucción de las maquinaciones de las sectas.
La salud espiritual de los herejes protestantes.
Una familia necesitada.
La paz de España y el triunfo de la Iglesia.
La salud de una niña tullida.
Un enfermo ilustre que desea trabajar a mayor gloria de la Santa.
Una familia extraviada.
Los niños españoles. La juventud católica.
Aumento de celo a los devotos Teresianos
La conversión de los príncipes protestantes y herejes.
La educación cristiana de la niñez.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICA CAUTIVO Y POBRE

	<i>Suma anterior</i>	Rs. 881,50
<i>Tortosa.</i> –	Virgen Santísima. María, y Teresa de Jesús, rogad por Pío IX y por España	2
“	Un sacerdote, por segunda vez este año	4
“	En obsequio de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Una persona devota, por tercera vez este año	20
“	Para que Jesús de Teresa y de María salve al mundo de la impiedad que lo inunda. Una pobre labradora por dos veces este año	4
<i>Batea.</i> –	María Vidiella- Teresa de Jesús, salva a España y a la Iglesia	10
“	Una madre de familia. Por la paz de la Iglesia, la salud del Papa y para que sus hijos no sean víctimas de la corrupción del siglo	10
“	Una católica que desea la paz de la Iglesia y de España, y que el Papa la pueda ver	8
“	M.C.R. , por la salud del Papa y cristiana educación de mis hijos	8
“	Francisca Pons- Santa Teresa de Jesús, intercede por la Iglesia y mi familia	4
“	Joaquina Catalá. Santa Teresa de Jesús, ruega por mis padres . . .	6
“	Teresa Tarragó, sirvienta. Santa Teresa de Jesús, enséñame a servir a Dios	4
<i>Cádiz.</i> –	I.G. A la augusta y más amada persona que hoy mora en la tierra, la más indigna que la habita le ofrece orar incesantemente a su Patrón y a la Patrona de las Españas, Teresa de Jesús	15
<i>Godall.</i> –	Agustín Roses, Pbro. Santa Teresa de Jesús, a quien en vida llamaban	

	omnipotente por tus virtudes y milagros, sálvanos que perecemos	4
<i>Huesca.</i> -	Una fervorosa teresiana	100
<i>Villanueva de la Jara.</i> -	Las monjas de santa Teresa de Jesús piden al Vicario de Jesucristo su bendición al ofrecerle de su pobreza la limosna de . .	16
	<i>Suma</i>Rs.	<u>1.096,50</u>

(Sigue abierta la suscripción)